

Sobre el problema de la génesis de la Escuela Semiótica de Tartu-Moscú¹

Boris A. Uspenski

La Escuela Semiótica de Tartu-Moscú une dos tradiciones — la lingüística moscovita y la científicoliteraria leningradense — que se enriquecen mutuamente. Si consideramos el simposio de 1962 como el inicio de la Escuela, a partir de entonces tuvo lugar un paso, de la extrapolación de métodos lingüísticos a objetos no lingüísticos, a la semiótica de la cultura como cierto dominio inmanente de investigación.

La tarea que tengo ante mí es, a la vez, fácil y difícil. Fácil porque soy un representante de la Escuela de Tartu-Moscú desde su surgimiento mismo y, desde luego, conozco bien su historia. Pero precisamente esa circunstancia — mi pertenencia a esa orientación investigativa — determina también la dificultad de esa tarea. Para hablar de ella, es necesario cierto distanciamiento.

¿Pero qué es la Escuela de Tartu-Moscú? Empezaré con un análisis de la denominación.

Al hablar en general de escuela, círculo, orientación, uno puede referirse, por una parte, a una unión corporativa vinculada por cierto programa y que se entiende a sí misma como un todo único; es decir, al resultado de una autodefinición programática. En este caso comúnmen-

1 "K probleme guenezisa tartusko-moskovskoi semioticheskoi shkoly", en: *Semeiotiké. Trudy po znakovym sistemam*, núm. 20, Tartu, Tartu Riikliku Ülikooli Toimetised, 1987, pp. 18-29.

te se habla de círculo (en el siglo XVIII en Rusia se hablaba de *sobranie*). Desde luego, no todo círculo de ese género forma una orientación científica real — a veces eso es más bien deseado que real.

Por otra parte, uno puede referirse a otra cosa, cuando se examina desde afuera la actividad de cierto grupo de investigadores, valorándola de tal o cual manera; cuando se ve en ella cierta unidad que los propios miembros del círculo, en general, no pretenden poseer. En este caso comúnmente se habla de orientación o de escuela. En cuanto a la Escuela de Tartu-Moscú, se trata precisamente de este último caso.

La Escuela de Tartu-Moscú une a representantes de dos ciudades: Moscú y Tartu². Esta no es simplemente una unión de personas, como, por ejemplo, en el caso de la Escuela de Lvov-Varsovia. Es una unión de dos tradiciones culturales, de dos orientaciones del pensamiento filosófico. Nosotros, los moscovitas, por regla, somos lingüistas y llegamos a la semiótica desde la lingüística. Más tarde algunos de nosotros nos ocupamos más o menos especialmente de literatura, pero la base lingüística, los intereses lingüísticos siempre quedaron en primer lugar. Mirábamos el mundo con los ojos del lingüista. Iu. M. Lotman y Z. G. Mints son investigadores literarios, que llegaron a los mismos problemas, por así decir, desde la otra parte. Mientras que los moscovitas son lingüistas que en alguna medida se ocuparon de estudios literarios, los representantes del grupo de Tartu son investigadores literarios que en alguna medida se ocuparon de lingüística. Esta diferencia en la base cultural se sentía mucho en los primeros momentos, pero resultó muy fructífera: ambas partes se enriquecían mutuamente, se contagiaban una a la otra con sus intereses. Así, por ejemplo, el encuentro con los estudios literarios determinó el interés de los moscovitas lingüistas por el *texto* y por el *contexto* cultural, es decir, por las condiciones del funcionamiento del texto. Entretanto, el encuentro con los lingüistas determinó el interés de los investigadores literarios por el *lenguaje* como generador de los textos, como mecanismo de generación de los mismos.

Esta diferencia misma no es en absoluto casual y está basada en tradiciones bastante antiguas y estables. Para comprender esta diferencia, es preciso tener en cuenta que Iu. M. Lotman y Z. G. Mints son — por su origen y educación cultural — leningradenses: pertenecen a la tradición cultural de Leningrado. La diferente orientación de las escuelas científicas peterburguesa y moscovita tiene una antigua tradición:

2 En el trabajo de la Escuela participan también, desde luego, científicos de otras ciudades — por ejemplo, el prof. B. F. Egorov, de Leningrado.

Fortunatov en Moscú, y Veselovski en Peterburgo. Durnovo, Trubetskoi, Jakobson y Shajmatov estaban ligados a Moscú y a la tradición científica moscovita. Al mismo tiempo, era tradicional el bajo nivel de los estudios literarios moscovitas, de los que eran portavoces Storozhenko y Alexei Veselovski. Andrei Bieli recordaba: "Es característico que a lo largo de 20 años, visitando muy a menudo las reuniones dominicales de Storozhenko, escuchando las conversaciones de los 'grandes', ni una sola vez oí mencionar la existencia de Potebniá, de Alexandr Veselovski, de los trabajos de Kirpichnikov"³.

La diferencia tradicional entre las escuelas filológicas se tornó claramente visible al principio del siglo XX. En Moscú se formó el Círculo Lingüístico de Moscú (su continuador pasa a ser más tarde el Círculo Lingüístico de Praga, que desempeñó un papel tan importante en el desarrollo de la lingüística contemporánea); en Petrogrado-Leningrado funcionaba la OPOIAZ. Además, los miembros del Círculo Lingüístico de Moscú (como ulteriormente también los miembros del Círculo Lingüístico de Praga) podían ocuparse también de la literatura, pero lo hacían como lingüistas, desde posiciones lingüísticas. Al mismo tiempo, los miembros de la OPOIAZ podían ocuparse del lenguaje, pero del lenguaje poético, desde posiciones científicoliterarias. La diferencia, como vemos, es aproximadamente la misma que existe entre los representantes de la agrupación de Tartu y los de la agrupación de Moscú.

Peterburgo-Leningrado era totalmente indiferente hacia la lingüística como tal. No es casual que precisamente allí floreciera el marrismo, que en Moscú halló una fuerte oposición y, en general, se puede decir que no tuvo éxito. La teoría de Marr no tiene sentido desde el punto de vista del lingüista. Entre los seguidores de Marr no hubo ningún gran lingüista (tal vez constituyen una excepción N. F. Iakovlev y B. L. Riftin, pero es dudoso que puedan ser llamados marristas típicos). No obstante, en Leningrado las ideas de Marr obtuvieron determinada resonancia — precisamente porque allí los lingüistas en su mayor parte eran malos, y a los estudiosos literarios estos problemas les eran del todo ajenos, o podían tomar del marrismo lo que les era provechoso estratégicamente, lo que tenía para ellos cierto sentido. Podían aprovechar la idea marrista de la estadialidad — absurda desde el punto de vista del lingüista, pero que tenía cierta relación con los estudios literarios diacrónicos. Es más: las ideas de Marr, absurdas para el lingüista, tenían importancia para

3 A. Belyi, *Na rubezhe dvuj stoletii*, 2ª ed., Moscú-Leningrado, Zemlia i fabrika, 1931, p. 124.

el etnólogo, el culturólogo, el especialista en mitología y el investigador literario, ya que planteaban, aunque fuera sobre una base falsa, problemas globales de la historia de la conciencia. Un ejemplo de investigador literario que apeló a Marr puede ser O. M. Freidenberg.

Así pues, en Leningrado, con una lingüística relativamente mala, había unos brillantes estudios literarios. Eijenbaum, Zhirmunski, Tomashevski, Pumpianski, Bajtín, Freidenberg, Propp, Tynianov, Gukovski: he ahí sólo algunos nombres, pero tras cada uno de ellos, en realidad, se halla toda una orientación del pensamiento teórico. Este florecimiento de los estudios literarios continuó hasta el principio de los años 30. El bloqueo, y algunos acontecimientos posteriores, les causaron a los estudios literarios leningradenses un daño si no irreparable, aún no reparado hasta ahora.

Entretanto, los representantes moscovitas de la Escuela de Tartu-Moscú están vinculados de manera igualmente directa a la tradición del Círculo Lingüístico de Moscú. Al mismo tiempo, la situación histórica de la ciencia filológica en la Universidad de Tartu hacía de ella el lugar natural de los “contactos científicos” entre ambas escuelas. Diríase que el moscovita prof. A. S. Kaisarov y el peterburgués prof. V. A. Viskovator simbolizan “la posición intermedia” de la tradición que se creaba aquí, y el trabajo de Baudoin de Courtenay en Tartu puede ser considerado como un presagio histórico de la semiótica de Tartu.

En relación con esto es necesario subrayar que se trata no sólo de las fuentes de tal o cual tradición cultural, sino de una continuidad *directa*. Así, Iu. M. Lotman tuvo como profesores a Gukovski, Zhirmunski y Propp. Al mismo tiempo, nosotros teníamos trato directo con R. O. Jakobson, P. G. Bogatyrión y M. M. Bajtín. P. G. Bogatyrión fue, hasta su misma muerte, un participante permanente de nuestras conferencias y trabajos. R. O. Jakobson participó en una de las Escuelas de Verano de Tartu (en el año 1966 celebramos su 70 aniversario) y seguía con atención nuestros trabajos. M. M. Bajtín no pudo tomar parte en nuestros encuentros (le faltaban las piernas y estaba prácticamente inmóvil), pero se interesaba vivamente en nuestros trabajos. Todos ellos ejercieron sobre nosotros una gran influencia y sirvieron como de eslabón de enlace entre nosotros y nuestros predecesores.

Así pues, la Escuela Semiótica de Tartu-Moscú une dos tradiciones — la lingüística moscovita y la científicoliteraria leningradense — que se enriquecen mutuamente. Esta simbiosis de tradiciones resultó extraordinariamente fructífera para ambas partes. Si es legítimo en general

hablar de cierto éxito de esa orientación, éste está condicionado en considerable medida por esa combinación.

Apartándome un tanto del tema, quisiera señalar que la bicentricidad, la bipolaridad cultural — es decir, la coexistencia de dos tradiciones culturales que se remontan a dos centros culturales — es característica en general de la cultura rusa y determina la especificidad tipológica de ésta. En efecto, la más general mirada que se dirija a la historia rusa permite ver en ella la coexistencia estable, desde el principio mismo, de dos centros culturales que se oponen y se repelen uno al otro — centros con tradiciones culturales que se diferencian claramente. Al principio son Kiev y Nóvgorod, cuyos regímenes culturales eran muy diferentes. Después, en la frontera entre los siglos XII y XIII — como resultado de la conquista tártaro-mongola — el arzobispado [*mitropolia*] de Kiev — y, podemos decir, la cultura de Kiev — se traslada a Vladímir, que es concebida como una copia de Kiev, como la segunda Kiev. La oposición Kiev-Nóvgorod se convierte en la oposición Vladímir-Nóvgorod. En el siglo XIV Moscú pasa a ser continuadora de Vladímir, y la oposición Vladímir-Nóvgorod se vuelve la oposición Moscú-Nóvgorod. Moscú está ligada con toda claridad precisamente a la tradición cultural de Kiev (a través de Vladímir); así pues, la oposición Moscú-Nóvgorod se remonta a la oposición entre Kiev y Nóvgorod. Moscú se esfuerza por aplastar a Nóvgorod, y en el siglo XVI (después de las campañas de Iván III e Iván IV) lo logra: Nóvgorod deja de existir, pero muy pronto, en el principio del siglo XVII, de nuevo florece Kiev, que ya casi estaba entrando en decadencia. Nuevamente vemos dos centros culturales, dos tradiciones — esta vez son Kiev y Moscú. Moscú logra — hacia el final del siglo XVII — vencer también a este rival, pero ya en el principio del siglo XVIII aparece un nuevo centro cultural: Peterburgo. Y de nuevo vemos la presencia de dos centros culturales: Moscú y Peterburgo.

Así pues, a lo largo de toda la historia de la cultura rusa observamos esa bipolaridad que crea una peculiar tensión, algo análogo al campo eléctrico formado por dos campos magnéticos. En cada etapa un centro se esfuerza por aplastar al otro, pero de hecho se está esforzando también por su autodestrucción: la presencia de una tradición cultural opuesta es un factor formador en la autodefinición. Peterburgo (y la cultura peterburguesa) no hubiera existido o hubiera sido completamente distinto si no se hubiera opuesto a Moscú, si no hubiera estado orientado negativamente hacia él. Lo mismo, en esencia, se puede decir también de Moscú. El esfuerzo por uniformar la cultura y por aplastar la tradición ajena es un esfuerzo por autoaniquilarse. La presencia de

dos centros culturales y de dos tradiciones culturales que se enriquecen mutuamente, es un factor formador en la evolución cultural.

Esta digresión histórico-cultural tiene una relación directa con nuestro tema, puesto que en la actividad de la Escuela Semiótica de Tartu-Moscú halló reflejo precisamente la coexistencia de dos tradiciones culturales. Aquí, repito, tuvo lugar una aleación del pensamiento lingüístico moscovita y el pensamiento científicoliterario leningradense.

¿Pero cómo surgió la Escuela Semiótica de Tartu-Moscú? Hay que considerar como un hito fundamental el simposio dedicado al estudio estructural de los sistemas s \acute{g} nicos (1962). Este simposio fue organizado conjuntamente por el Instituto de Eslavística — en el cual acababa de formarse (en 1961) el sector de tipología estructural (lo encabezaba entonces V. N. Toporov, que más tarde se apartó de los trabajos organizativos) — y el Consejo de Cibernética. Abrió la primera sesión el hoy difunto académico y almirante A. I. Berg. Se debe tener en cuenta que tanto la lingüística estructural como la cibernética todavía no hace mucho eran consideradas disciplinas científicas dudosas: en los diccionarios enciclopédicos del principio de la década de los 50 la cibernética era definida como pseudociencia, y lo mismo se decía sobre la lingüística estructural. Así pues, en nuestra ciencia el simposio era un fenómeno completamente nuevo, y eso atraía el interés. Allí resonaron ponencias de semiótica del lenguaje, semiótica lógica, traducción automática, semiótica del arte, de la mitología, descripción del lenguaje de sistemas no verbales de comunicación (por ejemplo, las señales viales, el lenguaje de la cartomancia y así sucesivamente), semiótica del trato con ciegos sordomudos y semiótica del ritual. En el simposio tomaron parte P. G. Bogatyriov, V. Vs. Ivanov, V. N. Toporov, L. F. Zheguin, A. A. Zalizniak y algunos otros. En ocasión del simposio se publicó en pequeña tirada una recopilación de tesis en la que se exponía nuestro programa y se formulaban las afirmaciones fundamentales de cada una de las ponencias. A estas tesis les estaba predestinado desempeñar un importante papel en la propagación de nuestras ideas. Precisamente por ese pequeño libro supieron de nosotros tanto nuestros oponentes como nuestros futuros partidarios y colegas.

Inmediatamente después de la aparición de las tesis se oyeron críticas dirigidas a nosotros. Mientras que las tesis aparecieron en una tirada de 1000 ejemplares (en realidad sólo fue difundida la mitad de la tirada, la dirección del Instituto de Eslavística impidió la difusión del resto), las críticas se oyeron en revistas de mucha tirada que tenían una difusión bastante amplia, como *Voprosy literatury* y otras. En los artícu-

los críticos se referían detalladamente las tesis fundamentales de nuestras ponencias, se daban extensas citas de estas últimas; de manera inesperada estas revistas nos hicieron publicidad, difundiendo nuestro programa y nuestras ideas. Fue precisamente de ahí que nuestro futuro auditorio se enteró de nuestra actividad, lo que los hizo recurrir a la fuente originaria.

En la Universidad de Tartu, en la cátedra de literatura rusa, se formó por entonces una activa colectividad científica (su verdadero creador fue B. F. Egorov, sus participantes: Iu. M. Lotman, Z. G. Mints, I. A. Chernov y un grupo de jóvenes estudiantes), que se interesaba en los métodos de análisis del texto poético, y también en la investigación de los modelos ideológicos de la cultura. En el año docente 1960/61, Iu. M. Lotman empezó a dictar un curso de conferencias de poética estructural. La lectura del curso continuó en los años siguientes, y en 1962 se entregó a imprenta el libro *Lecciones de poética estructural*, que salió en 1964 y devino la primera entrega de los *Trabajos sobre los sistemas signicos*.

Poco tiempo después del simposio moscovita del año 1962, vino a Moscú I. Chernóv y, habiendo entrado en contacto con los participantes del mismo, llevó a Tartu las tesis. Así fue como ese pequeño libro de tesis cayó en las manos de Iu. M. Lotman (quien no participó en el simposio, pero había llegado independientemente a problemas parecidos). Lotman se interesó mucho en él; vino a Moscú y propuso iniciar una colaboración tomando como base la Universidad de Tartu. Desde ese entonces (1964) comenzó la edición de los *Trabajos sobre los sistemas signicos* (actualmente 14 entregas, en imprenta está la núm. 15) y la celebración de conferencias. Las conferencias de los años 64, 66 y 68 se efectuaron en Kääriku, y las de los años 70 y 74, en Tartu. La atmósfera que reinaba en las conferencias era de una extraordinaria desenvoltura. Estas desempeñaron un gran papel en la elaboración de opiniones únicas, de una plataforma única, en el aunamiento de ideas heterogéneas en una única orientación. Las ponencias, naturalmente, terminaban en discusiones, y el papel fundamental no lo desempeñaban las formas monológicas, sino precisamente las dialógicas. Lo que distinguía a estas reuniones era la total ausencia de toda clase de organización. Es característico el siguiente episodio. En la segunda escuela de verano estaba R. O. Jakobson, que tomaba una parte activísima en nuestros trabajos. Después de eso tuve la ocasión de pasar bastante tiempo con Roman Osipovich en Moscú y en Georgia. Una vez me tocó escuchar su plática con representantes de los círculos académicos,

quienes le preguntaron, en particular, sobre sus impresiones de la Escuela de Verano de Tartu. Roman Osipovich dio una valoración muy alta de ella, dijo que le habían producido una gran impresión no sólo las ideas que habían resonado en ese simposio, sino también la organización del mismo.

¿Sabes? —dijo— en toda mi vida he participado en una cantidad bastante grande de toda clase de congresos, conferencias y simposios, pero nunca había visto nada semejante. Nunca había tenido la ocasión de ver una organización semejante. A los presentes en la conferencia se les podía crear la impresión de que no había en general ninguna organización: las ponencias y las intervenciones se producían como por sí solas, los debates surgían como espontáneamente. Pero tras todo eso —concluyó Roman Osipovich— está la mano de hierro de Iu. M. Lotman, que orienta el curso de la conferencia —un organizador notable, incomparable!

Con especial satisfacción escuché esa valoración, porque yo sabía a ciencia cierta que precisamente no había ninguna organización: todo se desarrollaba por sí solo. El factor organizador era más bien la propia personalidad de Iu. M. Lotman, pero no su mano de hierro.

Así pues, todo empezó a partir del simposio del año 1962. Desde luego, también a éste lo precedió algo. Por ejemplo, tuvo una especial significación el seminario de lingüística estructural que condujeron los profs. P. S. Kuznetsov, V. V. Ivanov y B. A. Uspenski —de especialidad, matemático. Este seminario —al principio en la Universidad de Moscú, y más tarde, después de que V. V. Ivanov se fue de la Universidad, en el Instituto de Lenguas Extranjeras— tuvo gran importancia para el desarrollo de la lingüística estructural. Pero a los participantes del seminario les interesaban también cuestiones más amplias. Precisamente sobre esa base se organizó el simposio de 1962.

Ciertos hitos fueron también el seminario del prof. I. A. Sokolianski sobre el trabajo con ciegos sordomudos (el problema mismo presenta un extraordinario interés práctico y teórico) y la expedición keta (recuerdo que por el camino a Siberia yo terminaba de escribir las tesis para el simposio de 1962 y en las estaciones intermedias las enviaba a Moscú). La expedición se planteaba ante todo tareas lingüísticas —describir esa lengua desconocida, que no está emparentada con ninguna otra lengua del globo terráqueo—, pero también tareas más amplias, semióticas. Precisamente en esto se puso de manifiesto ese interés por el folclor y la mitología que es característico de todos nuestros estudios.

Así pues, la Escuela de Tartu-Moscú empezó con la actividad del grupo de Moscú, y eso determinó su orientación inicial. Como ya he dicho, los representantes moscovitas son lingüistas profesionales, cada

uno con su especialidad (Ivanov es hitólogo, Toporov es baltista e hindólogo, Revzin es germanista, Lekomtsev es especialista en lengua vietnamita, Zalizniak y yo somos eslavistas, aunque Zalizniak también puede ser considerado en igual medida indólogo y semitólogo). Sin embargo, a todos nos une el interés por la lingüística estructural, cada uno de nosotros tiene trabajos en ese dominio, y nuestras labores con la semiótica se remontan directamente a las labores con la lingüística estructural, siendo la natural continuación lógica de las mismas. Desde el principio mismo esta circunstancia determinó nuestro enfoque y, diría yo, lo específico de nuestra orientación: lo que yo propondría llamar un enfoque lingüístico de la semiótica.

Es conveniente distinguir en general la semiótica del signo y la semiótica del lenguaje como sistema signico. La primera se remonta a Peirce y Morris; la segunda, a Saussure. Correspondientemente, podemos distinguir dos tendencias en la semiótica, que pueden ser definidas como las tendencias lógica y lingüística. En un caso, la atención del investigador se concentra en el signo aislado, es decir, en la relación del signo con el significado, con el destinatario, etc. En este sentido podemos hablar de semántica, sintáctica y pragmática del signo, de estructura del signo; distinguir los signos icónicos y simbólicos e investigar el proceso de la semiosis, esto es, la conversión del no-signo en signo. En el segundo caso, en cambio, el investigador no concentra su atención en un signo por separado, sino en el lenguaje como mecanismo de transmisión de un contenido, que se sirve de un determinado repertorio de signos elementales. El lenguaje, siguiendo a Saussure, es entendido como generador del texto, pero conviene señalar al respecto que, en principio, el concepto mismo de texto puede ser entendido tanto en el primer sentido como en el segundo: el texto puede ser considerado como un signo con un contenido independiente; y, al mismo tiempo, el texto puede ser considerado como una sucesión de signos elementales, cuando el contenido (significado) del texto es definido por el significado de los signos que lo constituyen y por las reglas del lenguaje. Me parece que este complejo de ideas fue precisamente lo que determinó la orientación del pensamiento semiótico en nuestro país.

Puesto que nos interesaba en primer término el sistema de los signos, las relaciones estructurales entre ellos, y no el signo por sí mismo, nos atraía más bien la investigación de la forma y no del contenido. El contenido del signo era reducido en general a su valor estructural (*valeur, value*), determinable por su puesto en el sistema, esto es, por su carga funcional. Otro contenido — el extralingüístico (*content*) — no nos

interesaba. Por eso los problemas independientes de la semántica, por regla, no atraían nuestra atención. El contenido, en la medida en que no esté dotado de forma, no es objeto de la investigación semiótica, y, además, la forma es mucho más accesible al análisis semiótico: la forma nos está dada inmediatamente; el contenido, en cambio, a través de la forma.

En los primeros tiempos este vínculo con la lingüística estructural, es decir, la base lingüística de nuestros estudios, se sentía muy claramente (me refiero a los años 60): ese es un período de búsquedas; ante todo, de ampliación del objeto de investigación, de extrapolación de métodos lingüísticos a sucesivos nuevos objetos. A su vez, la utilización de material nuevo influyó inevitablemente sobre nuestros métodos, estimulando, en resumidas cuentas, la desvinculación de la metodología puramente lingüística. Ya he mencionado la posibilidad de un doble enfoque del texto: el texto como signo y el texto como determinada organización de signos. Así, he aquí que la utilización de material nuevo demostró precisamente la posibilidad de una doble relación entre el texto y el signo: por una parte, el texto puede ser entendido como un concepto secundario, derivado del concepto de signo, y por otra, es posible una situación en la que el texto actúe como concepto primario con respecto al signo: así son las cosas en el caso de los textos no discretos (por ejemplo, en el lenguaje del cine). Esto es sólo un ejemplo de cómo la apelación a material nuevo hizo renunciar a la metódica puramente lingüística.

Inicialmente nos planteamos una tarea: mirar el mundo con los ojos del lingüista — hallar y describir el lenguaje dondequiera que ello fuera posible. Así, por ejemplo, Zalizniak describió el lenguaje de las señales viales, la gramática de éste (puesto que en ese caso el vocabulario está dado desde el principio mismo). M. I. Lekomtseva y yo describimos el lenguaje de la cartomancia⁴: en este caso lo específico es un tanto distinto, ya que el vocabulario aquí no está dado de antemano directamente, pero se pueden distinguir factores semánticos elementales (rasgos semánticos diferenciales) que se actualizan en dependencia del contexto: una misma carta en diversos contextos (en diversas series sintagmáticas) recibe un sentido diferente, y el mecanismo de esa variación es bastante curioso.

Por último, nos ocupamos de la investigación del lenguaje del arte,

4 De la descripción de sistemas de cartomancia se ocupaban al mismo tiempo, en Leningrado, B. F. Egorov y S. A. Nikolaev.

y aquí enseguida se puso de manifiesto su especificidad⁵. Suponíamos que, así como no se puede entender un libro sin conocer y comprender la lengua en que está escrito, es imposible comprender una obra de pintura, cine, teatro, literatura, sin dominar los lenguajes específicos de esas artes. Suponíamos, después, que, del mismo modo que el estudio de la gramática constituye una condición necesaria de la comprensión del sentido de un texto, la estructura de la obra artística nos revela el camino hacia la obtención de la información propiamente artística. Sin renunciar en absoluto al estudio del contenido, nos esforzábamos por estudiar los vínculos de sentido que son determinados por el lenguaje del arte y la estructura concreta de la obra dada.

Así pues, el primer período (los años 60) es de búsqueda de caminos, este período se caracteriza por un vínculo con la lingüística del que se tiene clara conciencia. Este vínculo se reflejó también en la terminología. Las Escuelas de Verano de Tartu se llamaban escuelas de investigación de los sistemas modelizantes secundarios. "Sistemas modelizantes secundarios" es un término propuesto por B. A. Uspenski en parte porque el término "semiótica" podía suscitar asociaciones innecesarias. La lengua era entendida como el sistema modelizante primario: la lengua modeliza la realidad. Encima de él se construyen los sistemas secundarios, que modelan aspectos parciales de esa realidad. Así pues, los sistemas sgnicos eran entendidos como secundarios, construidos encima de la lengua.

Esta búsqueda de nuevos y variados objetos de investigación semiótica desempeñó un papel importante en la elaboración de los métodos semióticos. Al utilizar nuevos objetos de investigación, tropezábamos con problemas semióticos específicos. Un resultado de esa búsqueda fue el constante interés por los dominios contiguos de la ciencia (contiguos a la filología): no sólo por los estudios del arte, sino también por la etnografía, la historia, la mitología. Así la semiótica resultaba como

5 La trayectoria de los investigadores de Tartu fue un tanto distinta: al tiempo que no eran lingüistas profesionales, venían del estudio del texto artístico y de los lenguajes artísticos. Incluso, cuando los investigadores del grupo de Moscú se volvieron hacia una problemática análoga, durante cierto tiempo se observaba una diferencia: los moscovitas se interesaban, en primer término, por géneros como el relato policial, que da códigos estables; a los de Tartu, en cambio, desde el principio mismo les interesaban los lenguajes creados *ad hoc*. Es memorable la discusión en la Primera Escuela de Verano con I. I. Revzin, que dudaba de que el texto artístico único en general pudiera ser objeto de una descripción semiótico-estructural.

una ciencia nodal que ligaba diferentes dominios de los conocimientos humanísticos.

Al mismo tiempo, en el proceso de ese género de búsqueda se definió y se estabilizó gradualmente ese círculo de problemas que concentraba nuestros intereses. Ese tema general que une nuestros trabajos —yo diría incluso que nos une como orientación y distingue a la Escuela Semiótica de Tartu-Moscú de las otras escuelas semióticas (la polaca, la francesa, la estadounidense, etc.)—, ese tema general puede ser definido como la semiótica de la cultura. Desde el punto de vista de su organización, la cultura se presenta como un conjunto de lenguajes variados, relativamente más particulares. En este sentido, la cultura comprende los lenguaje del arte (de la literatura, la pintura, el cine), el lenguaje de la mitología, etc. El funcionamiento de esos lenguajes se halla en una compleja interconexión, cuyo carácter mismo, hablando en general, está condicionado culturalmente, es decir, no resulta idéntico en las diferentes condiciones histórico-concretas. Algunos de nosotros hemos dedicado investigaciones especiales a esos lenguajes particulares. Así, V. V. Ivanov y V. N. Toporov se ocupaban de mitología eslava, báltica e hitita; V. V. Ivanov e Iu. M. Lotman, de los lenguaje del cine; Iu. M. Lotman y yo, de los lenguajes de la literatura; yo me ocupaba, además, del lenguaje de la pintura. Para caracterizar esta orientación del pensamiento es esencial el hecho de que este género de investigaciones se inscribe en un círculo cada vez más amplio de problemas, o sea, que la investigación y la descripción de los lenguajes correspondientes nos interesan no sólo y no tanto por sí mismas, sino precisamente como realización de un mecanismo cultural más general.

Al propio tiempo, la cultura es entendida como cierto sistema que está entre el hombre (como unidad social) y la realidad que lo rodea, esto es, como un mecanismo de elaboración y organización de la información que llega del mundo exterior. En este proceso cierta información resulta substancialmente significativa, y cierta información es pasada por alto en los marcos de una cultura dada. En el lenguaje de otra cultura, por el contrario, esa información no importante para esa cultura puede ser muy esencial. Así pues, un mismo texto puede ser leídos de diversa manera en los lenguajes de diversas culturas.

De nuevo, también en este caso, es legítima la analogía con las lenguas naturales, en las que también cierta información resulta extraordinariamente importante para unas lenguas y completamente irrelevante para otras. Por ejemplo, cuando hablamos en lenguas indoeuropeas,

al mencionar cualquier objeto, indefectiblemente debemos indicar si se trata de un solo objeto o de varios (y en algunas lenguas hasta más concretamente: si de uno, dos objetos, o de un número mayor de dos). Entretanto, para la lengua china, la vietnamita y las indonesias, esa información no es obligatoria (aunque puede ser expresada si se lo desea). Cuando mencionamos una acción en una lengua indoeuropea, consideramos necesario indicar en qué relación se halla con el momento en que se habla: si coincide con él, ocurrió antes de él u ocurrirá después de él. De nuevo, también esta información puede ser irrelevante para otras lenguas. Y, al contrario, otra información, importante para esas lenguas, puede ser irrelevante para la nuestra.

Así pues, la cultura en el sentido semiótico amplio es entendida como el sistema de las relaciones que se establecen entre el hombre y el mundo. Este sistema, por una parte, reglamenta la conducta del hombre; por otra, determina cómo este último modela el mundo. Un caso particular de las relaciones entre el hombre y el mundo es el sistema de relaciones entre el hombre y la colectividad. En este sentido, las relaciones entre el hombre y la colectividad se presentan como un diálogo comunicacional: el *socium* reacciona a la conducta del hombre, la reglamenta de una manera determinada, el hombre reacciona al *socium* (y, en general, a la realidad que lo rodea). Esto, entre otras cosas, permite echar un vistazo a la historia en una perspectiva semiótica: desde determinado ángulo visual el proceso histórico se presenta como un sistema de comunicación entre el *socium* y la realidad que lo rodea — en particular, entre los diferentes *socium* y, al mismo tiempo, como un diálogo entre la personalidad histórica y el *socium*. En este respecto son particularmente interesantes las situaciones de conflicto, cuando los participantes del proceso comunicacional hablan en diversas lenguas (culturales), es decir, cuando unos mismos textos son leídos de maneras diferentes. Así es la situación, por ejemplo, en la época de las transformaciones de Pedro el Grande. Pedro y sus partidarios hablan en otra lengua que su auditorio (esto ni siquiera es una metáfora), lo que condiciona el profundo conflicto cultural cuyas consecuencias se pueden sentir incluso mucho más tarde.

Terminando este panorama muy general de la actividad de la Escuela de la Semiótica de Tartu-Moscú, quisiera subrayar que el tiempo de realizar un balance definitivo todavía no ha llegado: estamos avanzando, nuestros intereses científicos se desarrollan de manera dinámica, aún no se ha puesto el punto final. Al mismo tiempo, esta escuela cuenta ya con casi 20 años de existencia (si consideramos como su inicio el

simposio de 1962), y eso da el derecho de mirar atrás y hacer una caracterización del camino recorrido. Si hacemos un balance de lo dicho, durante ese tiempo tuvo lugar un paso, de la extrapolación de métodos lingüísticos a objetos no lingüísticos, a la semiótica de la cultura como cierto dominio inmanente de investigación. En otras palabras, durante ese tiempo cristalizó el objeto mismo de nuestra investigación. Correspondientemente, si en los primeros momentos nos interesaban ante todo los problemas del lenguaje de descripción (el metalenguaje) —*cómo* describir tal o cual objeto—, en el presente nos interesa de preferencia precisamente el objeto mismo de la investigación semiótica, esto es, la cultura en tales o cuales realizaciones de la misma: no *cómo* se puede describir, sino *qué* describir. Esta circunstancia explica el carácter más o menos concreto de nuestros estudios semióticos, que siempre están ligados de uno u otro modo al análisis de textos concretos de la cultura, esto es, siempre tienen, en resumidas cuentas, el carácter de una interpretación. Nosotros, en general, no nos ocupamos de la metodología abstracta del análisis semiótico, y eso, al parecer, es otro rasgo específico de nuestras investigaciones semióticas.

Traducción del ruso: Desiderio Navarro